CANTO ÉPICO
Á LA GLORIOSA MUERTE
del
Excmo. Señor Conde
DE
CAMPO-ALANGE.

POR

EL BARON DE BIGÜEZAL.

MADRID.

IMPRENTA DE D. JOSÉ MARÍA REPULLÉS.
1837.

Á LA GLORIOSA MUERTE

DEL

EXCMO. SEÑOR CONDE

DE

CAMPO-ALANGE.

Canto épico.

Canto al ínclito Conde castellano, (1)
Doncel noble y valiente sin mancilla,
Ejemplo eterno del valor hispano
Y honor de Ricos-homes de Castilla;
El fuego canto del saber humano,
Que en su alma pura y generosa brilla,
Y el estruendo fatal y el plomo impío,
Que hundió en la tumba tan insigne brio.

No en cuna de marfil y estofas de oro,
Bajo el dosel de seda recamado,
Oye la triste madre el primer lloro
Del tierno infante á quien el ser ha dado;
No pebetes de olor que trajo el moro,
Ni lámparas de bronce cincelado,
De perfumes y luz llenan el viento
De su rico y espléndido aposento.

La tierra fria de terror sembrada,
Al estruendo del bronce que retumba,
Fue del Conde infeliz cuna preciada,
Y de mil y mil otros honda tumba;
La mortífera pólvora inflamada
Y el veloz plomo que en el aire zumba
Le cercan al nacer, y los gemidos
Le arrullan de los míseros heridos. (2)

Él alma entonces del infante tierno
Respiró un aire bélico y ardiente,
Y el genio de la guerra un sello eterno
Puso inflamado en su dormida frente;
Prendió en su corazon un fuego interno
De esfuerzo noble, de valor clemente,
De patriótico ardor, fúlgida llama,
Que alimenta los ecos de la fama.

Ageno error, paterna desventura
Le hicieron habitar climas estraños,
Mas siempre un corazon y un alma pura
Las dotes fueron de sus tiernos años:
En vano un vil mercado de hermosura
Le tendió blanda red, falsos amaños,
En vano la lisonja y la opulencia
Arteras combatieron su inocencia. (3)

Español siempre, de su pátria aspira
Al lustre y esplendor, siempre ardoroso
Por la española elevacion suspira,
Y de hijo suyo por el nombre honroso:
Su antigua gloria y su poder admira,
Que del orbe fué un tiempo alto coloso,
Y en el estudio con placer se afana
Del habla de Cervantes y Mariana. (4)

Ciencias, artes, moral, literatura,
Con estudioso anhelo cultivaba;
La docta calma de la edad madura
Su entusiasmo volcánico templaba;
En grata sociedad la amistad pura
Sus insignes virtudes admiraba;
Mas siempre fiel su corazon encierra
Noble ambicion del lauro de la guerra.

¿Cuál fué, Conde preclaro, el sentimiento
Que avivara tu ardor allá en el Sena,
Al saber que de guerra al crudo acento
El bronce galo en el Escalda truena?
Tu noble pecho inflama un nuevo aliento,
De sed de gloria el corazon se llena,
Y abandonando encantos y placeres,
Corres al eco del cañon de Amberes. (5)

Allí cerca los muros inflamados,
Entre ruinas y muerte y ronco trueno,
Del arte de guerreros afamados
Ves el cuadro con ánimo sereno;
El cuadro de cadáveres helados
Y sangre, y de orfandad y tumbas lleno;
¡Ay! un tiempo tambien renombre y gloria
En él pintaba la española historia.

Mas el genio del mal del hondo averno
Salió, y tendiendo su funesto manto,
como una nube de sañudo invierno
Cubrió la España de mortal espanto:
Cada español al punto un odio interno
Sintió, y lidió, y mató, y amargo llanto
De viudez y orfandad cubrió la tierra,
Y alzó su sombra fúnebre la guerra.

Tú, desde el blando Eden que baña el Sena,
La viste levantarse ensangrentada,
Y en la ribera del Nervion serena
(triste y gloriosa á tí) mostrarse osada; (6)
Tú la viste crecer, y de armas llena
Correr los campos de tu patria amada,
Y alzar su juventud y armar su mano,
Clamando "guerra" contra el propio hermano.

Y viste la ambicion tambien su frente
Alzar, cetro y corona reclamando;
Y vacilar la huérfana inocente
A los embates del adverso bando;
Escuchaste quizá su voz doliente,
Favor á los iberos demandando;
El corazon te ardió, y el noble acero
Tu mano empuña contra el bando fiero. (7)

Los montes del mar cántabro sombríos
Y los que el Ebro caudaloso baña,
Los del largo Pirene riscos frios
Que defienden los límites de España,
Cien veces ostentar tus nobles brios
Te vieron en feroz triple campaña,
Y siempre con denuedo el pecho fuerte
Presentar á los golpes de la muerte.

No en vano el enemigo asesta un dia
El tonante arcabuz que muerte exhala,
Y entre humo y resplandor silbando envia
A tu pecho leal traidora bala:
Yerto te vieron en la tierra fria,
Tu muerte ya en las filas se propala;
Mas ¡ay! que de tu fin aun no es llegado
El plazo por el cielo señalado. (8)

Tu vida se salvó, se alzó tu frente
De eterna palma y de laurel cubierta;
Mas el que nace para ser valiente
A dar fin á sus hechos nunca acierta:
De nuevo en ese corazon ardiente
El genio de las lides se despierta,
De nuevo tu gloriosa espada brilla
Y atraviesas los campos de Castilla.

¿A do vas, Conde, á la tercer campaña,
Despues que mortal fiebre en duro lecho
Dos veces te postró, y ha visto España
Romper el plomo vil tu noble pecho?
¿Quizá has pensado que tu honor empaña
Vivir tranquilo en el paterno techo,
Siendo ya por tu esfuerzo y bizarría
Gloria de la española monarquía?

Ni el ruego fraternal, ni el dulce acento
De sincera amistad, ni la blandura,
Que por do quier envuelve al opulento
Como influjo fatal de planta impura,
Nada alcanza á templar el noble aliento,
Que laureles eternos le asegura;
Nada á estinguir la devorante llama,
Que el canto de los vates le reclama.

Los cóncavos dorados artesones,
Que en columnas de marmol se sustentan
Y cubren de purpúreos pabellones
El blando lecho y la fatiga ahuyentan;
Los pérsicos mullidos almohadones,
Que el ocio en sus estrados representan,
Todo lo olvida por el lecho duro,
Que una peña le ofrece al pie de un muro.

Era la villa del Nervion guerrera
Por enemigos fieros estrechada,
Y el brazo de la muerte por do quiera
Blandía su guadaña despiadada:
Ya el odiado contrario su bandera
Arbolaba en la brecha ensangrentada,
Aguzando en sus piedras el acero
Para anegar en sangre el pueblo entero.

Aliéntanse los ínclitos varones,
Que defendiendo los paternos lares,
La sangre de sus nobles corazones
Derraman de su patria en los altares:
Ya de nuevo á los rotos torreones
Acuden ciudadanos á millares,
El ímpetu tremendo contrastando
Del enemigo sanguinoso bando. (9)

Cuando las bravas huestes españolas
Del cantábrico mar en las arenas
Tremolaban sus rojas banderolas
De sed de gloria y de entusiasmo llenas;
Y domeñando las hinchadas olas
Con trabados pontones y cadenas,
Del Nervion ancho en la sangrienta espalda
Tienden la puente hasta la opuesta falda.

Allí entre los valientes batallones,
Que de armas erizaban el altura,
En amargas penosas reflexiones
Via el Conde llegar la noche oscura;
De patrióticas tiernas prevenciones
Solo en la vela frígida se cura, (10)
Hasta que en un nevado y duro leño
Sus miembros fatigados rinde al sueño. (11)

Hórrido y frio en la elevada cumbre
Silbaba el huracan entre los troncos,
Y el soldado tendido ante la lumbre
tranquilo duerme con ronquidos broncos;
Solo rompe su sueño la costumbre
Del terso parche á los sonidos roncos,
O al eco del clarin que anuncia el dia
Con ruidosa belígera harmonía.

No asi el Conde valiente descansaba
En el lecho infeliz que el hielo argenta;
Fantasma aterradora se asentaba
Sobre su corazon que opreso alienta;
Súbito el yerto brazo levantaba,
Sacudiendo la nieve cenicienta,
Los labios frios trémulos movia
Y hablar con la tormenta parecia:

"No, no" esclamaba: "el heredado brio
Del ilustre infanzon tendrá su nombre;
Si sucumbiere aqui el esfuerzo mio,
La historia me dará claro renombre:
En vano en su caverna un bando impío
Querrá ensañar el corazon del hombre
Contra el honor de nobles generosos,
Que dejaron á España hechos gloriosos."

Y callaba su voz, y en triste acento
Con palabras confusas repetia:
"¿No basta un adversario harto sediento
De nuestra sangre? ¿pedireis la mia,
Seres ingratos, cuando el noble aliento
De esos que calumniais con vil falsía
Os ciña de laurel? ¡Funesta suerte!
¡Hallar triunfando vilipendio y muerte!"

"Mirad aquellos bárbaros pendones
Que habemos de humillar; alli la gloria,
Alli se alcanzan timbres y blasones,
Que borrar pretendeis de nuestra historia;
Alli, en la corte no: los campeones,
Que mirais con desden y vanagloria,
Os retan á lidiar; ved al contrario
Tremolar su estandarte sanguinario."

Y tornaba á callar, y atroz bramido
Del viento entre las rocas respondia,
Y sobre el rostro pálido y dormido
La escarcha helada el huracan barria:
"No," repite: "no mas; no mas mi oido
Escuche tanta infamia y felonía;
Sin esta gente, ingratos, ultrajada,
¿Qué hicierais nunca vos? ¿qué fuerais? nada." (12)

Aqui el ronco atambor en los barrancos
Redobla y truena y la inquietud difunde;
Otros y otros responden por los flancos,
Y el clarin suena y el alarma cunde;
Se ven los montes con la nieve blancos,
Y la vista se ofusca y se confunde;
Mas todos miran al opuesto cerro,
Y ven brillar el enemigo hierro.

Numerósos contrarios batallones
Del áspero collado descendian,
Y de Isabel leales campeones
Al armado torrente se oponian;
Cuando al bravo doncel y cien peones
Ven, que hácia el valle intrépidos corrian,
Y rompiendo por fosos y vallados,
Confúndense entre el humo los soldados.

Solo el noble adalid entre la escura
Nube descuella y á su gente anima;
"Oro tendreis, y mi mansion segura;
Volemos," dice, "á dominar la cima."
Mas súbito se hundió; su frente pura
Se esconde, como el ave en la honda sima
cuando el vil cazador su tiro acierta,
Y el aire hiende desangrada y muerta.

Cuatro fieles soldados macilentos
Al Conde ilustre exánime traían,
Dejando en pos de sí rastros sangrientos,
Que la nieve de púrpura teñian;
De ira y dolor en ásperos acentos
Los soldados llorosos prorumpian,
Viendo al jóven ilustre y esforzado
Sobre unos rudos troncos desangrado.

El hielo de la muerte se esparcia
Por sus convulsos miembros descaidos,
Y su pálida frente yerta y fria
Cerraba ya sus ojos abatidos:
Entre sus labios trémulos se oía
El rumor de sus últimos gemidos,
A su Dios y su patria obsequio tierno,
A la fiel amistad *á Dios* eterno.

"A Dios," les dice: "por mi patria muero...
Por mi Reina y mi honor... tomad ese oro...
Y alivio sea al infeliz guerrero,
Que cayó y no murió... su suerte lloro...
A Dios, él haga... que el sangriento acero...
Se envaine al fin... De su piedad imploro..."
Mas su labio calló; los ojos cierra:
Se abrió la tumba, y lo cubrió la tierra.

NOTAS.

(1) El Excmo. Señor Don José de Negrete y Cepéda de la Torre, Conde de Campo-Alange, Marqués de Torre Manzanal, Grande de España de 1.ª clase, Gentil hombre de Cámara de S. M. con ejercicio, Coronel de Milicias provinciales, Caballero de 1.ª clase de la orden militar de San Fernando.

(2) Nació en el Corral de Almaguer el dia 16 de agosto de 1812, cuando sus padres iban siguiendo al ejército francés en su retirada á Valencia. Las tropas españolas inquietaban continuamente la marcha, y no pasaba dia sin tirotearse ambos ejércitos. La noche del nacimiento del Conde era uno de los momentos de combate.

(3) Los Condes de Campo-Alange emigraron á Francia en el año de 1813, llevándose á su hijo de edad de un año.

(4) Regresó á España, y entró de alumno en el colegio regido por Don José Garriga; en él estudió el latin, el griego, las humanidades, las matemáticas, el dibujo y la pintura. Hoy se ven en su casa algunos cuadros al oleo, de bastante mérito artístico, obra de sus últimos años.

(5) Con solo el objeto de estudiar el arte de la guerra obtuvo del gobierno francés el permiso para ir á presenciar las obras y ataques del sitio de Amberes; asistió á las mas importantes operaciones, concurriendo con gran riesgo y serenidad á los puntos mas espuestos.

(6) El primer levantamiento á favor de Don Carlos se verificó en Bilbao el dia 3 de octubre de 1833; y cerca de Bilbao tambien, á la orilla del rio Nervion, recibió el Conde la herida que le causó la muerte.

(7) En el mes de mayo del año 1834 salió el Conde á campaña en clase de Ayudante de campo del General en Gefe.

(8) En 20 de abril de 1836 en un reconocimiento sobre Villareal de Alava una bala de fusil le causó una gravísima contusion en el pecho, penetrándole la ropa, contusion que le tuvo quebrantado hasta la muerte.

(9) La villa de Bilbao, que en el mes de junio de 1835 habia sufrido un sitio en el que los enemigos perdieron á su General Zumalacarregui, fue de nuevo sitiada por fuerzas considerables en octubre de 1836. Se perdió el convento de San Agustin, que era uno de los principales puntos fortificados del pueblo, y al intentar su rescate por un valeroso y sangriento ataque, en que hizo la principal parte la Guardia Nacional de la villa, perdieron la vida en él muchos jóvenes de las primeras familias del pueblo.

(10) En 30 de noviembre, despues de pasado el rio, hizo el Conde su testamento, en que acabó de manifestar todo su patriotismo, legando á los heridos del ejército casi todo lo que era de su disposicion, y destinando tambien á sus amigos preciosas pruebas de su memoria.

(11) Hé aqui la relacion de un testigo ocular de la accion en que el Conde fue herido de muerte: «En 30 de noviembre pasó el ejército la ria Nervion por un puente de barcas situado de Portugalete á las Arenas, y pernoctó en Algorta. Al siguiente dia 1.° de diciembre marchó el ejército á acantonarse en Erandio, Arriaga y Lejona, donde permaneció hasta el 5, que acampó en las alturas de Arriaga y Aspe. Estando ocupando estas posiciones, se presentaron dos batallones enemigos y veinte caballos á las inmediaciones de aquellas, ocupando á Erandio; reforzados con otro batallon intentaron los enemigos envolver la línea que ocupaba el ejército, atacando la estrema derecha, y en el momento que tomaban las primeras casas del pie de la posicion, se desprendieron por derecha é izquierda cuatro compañías del primer Regimiento de Infantería de la Guardia Real, que con el mayor denuedo hicieron retirar en completa dispersion la indicada fuerza enemiga. A la cabeza de la 1.ª y 2.ª compañía del primer batallon de la Guardia, de las cuatro citadas, marchaba el Conde de Campo-Alange, Ayudante de la P. M. G., y en el momento en que animaba á los soldados á quema-ropa de los fuegos enemigos, recibió una herida de gravedad sobre la tetilla derecha, la que le causó la muerte á los seis dias, con sentimiento de todo el ejército.

(12) Muchos datos pudieramos presentar que demostra-

sen la conformidad de las opiniones del Conde con las que en esta composicion se le atribuyen, pero solo insertaremos aqui una breve muestra tomada de escritos suyos publicados ó inéditos.

En la 3.ª columna de su artículo *sobre la guerra de Navarra*, publicado en el número 446 de la Revista Española, dice: «Solo las avenidas de los ministerios se obstruyeron con tropel de gente; alli se dieron los asaltos; alli se ganaron las recompensas; en los cafés se cantó la victoria, y se deprimió al que se batia, porque no se batia con bastante frecuencia &c.»

En carta particular á un amigo suyo con fecha 22 de setiembre de 1836 decia: «Yo quisiera, amigo mio, le fuera á usted dado leer en mi alma, para que se convenciese de cuán árida y despojada de ilusiones se encuentra ya en el dia, á pesar de mis 24 años. Entonces hallaria sin duda mas digna y méritoria mi conducta, conociendo que no ya me guian esperanzas engañosas, ni halaga mi imaginacion un porvenir apacible y lisongero, sino que me arrebata una conciencia rígida, inflexible, y me obliga á seguir aquella senda misma en cuyo término descubre acaso mi razon, mi propia ruina, solo con dejarme entreveer que tal vez pueda conducir un dia á la salvacion de la patria. Los primeros años de mi vida han ido rodeados de calamidades y miserias harto grandes, para que pueda tener fé en la gratitud de los hombres, ni en la estabilidad de poder alguno sobre la tierra.......................... todos mis sacrificios, todo mi desprendimiento no aparecerán un dia sino como actos vilmente interesados. Mis principios de libertad y de orden proclamados, consignados en los periódicos con la misma energía en febrero de 34, que en agosto de 36, se tendrán por doctrinas serviles y retrógradas. Mas allá van aun mis profecías.......................... pero me detengo para ahorrarme al menos anticipados sinsabores.»